

PREJUICIO

Con mis propios ojos he visto los ejemplos más bellos de algo que conocemos sólo por las tradiciones griegas. Pude observar, como un científico atento, sus aspectos morales y físicos. Se trata de un tema del que no se puede hablar casi, y mucho menos escribir, y así lo guardo para futuras conversaciones.

GOETHE al duque Karl August,
Roma, 29 de diciembre de 1787

[...] que el crimen más horrendo, detestable y contra natura (que entre los cristianos no puede nombrarse) llamado sodomía.¹

Acusación del reverendo John Church,
sesiones de Surrey, 1817

Más de una vez, mientras trabajaba en este libro, dejé la época de los sombreros de copa y de los polisones para encontrarme con que el mundo exterior era extrañamente similar. Un bibliotecario, susurrándole a un colega, se refería a los títulos que le pedía de una colección reservada como “libros indecentes”. Un librero francés guardaba los libros de gays y lesbianas detrás de la caja registradora de modo que se tuviera que preguntar por ellos personalmente. El director del archivo fotográfico de San Petersburgo rehusó proporcionar una fotografía que habría de ser usada en un libro sobre el amor homosexual. Conocidos míos me proporcionaban viejas ideas acerca de la homosexualidad como si mostraran amablemente una mascota dinosaurio o un pariente cromañón. A miembros de mi familia se les mostraba simpatía al tiempo que se les preguntaba qué estaba escribiendo. Se me encomiaba, de una manera desconcertante

¹ Ian McCormick, *Sexual Outcasts*, p. 285.

(y errónea), por mi valentía y se me importunaba por mi oportunismo —que especulaba en la lascivia para vender más libros—. Se me preguntaba qué gente famosa iba yo a “exponer”, por lo común implicando que mis suposiciones estarían equivocadas. Algunos se preguntaban si mi libro sería “en favor” o “en contra”. Otros, sabiendo que mi tema era la homosexualidad, me ofrecían retazos de información sobre abusadores de niños victorianos y espectaculares crímenes sexuales. Estudiosos británicos, franceses y estadounidenses me deseaban un rápido retorno a la biografía y la historia literaria.

Pocos temas proporcionan un sentido tan vívido del pasado. De hecho, muchos de los capítulos de este libro sobrepasan su meta final pretendida (la primera Guerra Mundial) y acaban a fines del siglo xx. En *À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust, un personaje bromea acerca de que si el barón de Charlus,² un “invertido” notorio, seguía agitando sus pestañas al conductor, el tren empezaría a retroceder. Este chiste, en multitud de formas, todavía se cuenta. La conducta pública hacia los gays hombres y mujeres ha cambiado mucho, pero las ideas privadas acerca de la homosexualidad son muy parecidas a las de hace 200 años.

Pensándolo bien, no sorprende. Yo tenía mis propios sedimentos prejuiciosos sin analizar, pero a la vez con una ventaja importante: mi familiaridad con las novelas de Balzac, las vidas de Rimbaud y Verlaine y las complicadas razones alrededor de la elección de Baudelaire de un título para sus poemas: *Les lesbiennes*. Por un periodo de casi 15 años, esta investigación ha revelado ciertos fragmentos curiosos de lo que parecía una cultura desvanecida. Muchos de ellos eran incluso novedad para aquellos amigos que mantenían cierto interés por la historia gay. Parecía una buena idea divulgar la información y emplear tres años leyendo todo lo que pude encontrar acerca del mundo perdido.

El tema de este libro es el amor homosexual en Europa y los Estados Unidos, los obstáculos que enfrentó y las sociedades que

² Barón de Charlus: Proust, *En busca del tiempo perdido*, III, p. 429. Por ejemplo, Pushkin sobre su amigo Filipp Filippovich Vigel: “Pondré su retrato detrás de todos los demás”. Véase Alexander Pushkin, *The Letters of Alexander Pushkin*, p. 616.

creó. No se intenta un listado de homosexuales famosos. Gente prominente que dejó un registro escrito de sus sentimientos forma parte en gran proporción de la evidencia, pero una historia social debe dejar tanto espacio como sea posible a la masa humana conocida como “gente común”. No es más acucioso convertir a Oscar Wilde en el emisario de la homosexualidad del siglo XIX como ver a la reina Victoria como una típica victoriana. Aunque algunos de los textos citados en este libro pueden ser una sorpresa para ciertos lectores, no se trata de un ejercicio para colgar etiquetas sexuales a individuos conspicuos.

Los “extraños” del título son lesbianas y hombres gay. En la historia sexual, las lesbianas aparecen a menudo en capítulos separados, por razones políticas y prácticas, pero las similitudes en la vida de hombres y mujeres gay son lo suficientemente fuertes y significativas como para que formen parte de la misma historia. Sea cual fuere la intención, la segregación histórica de hombres y mujeres agrava la falta de evidencia y asimismo ayuda a mantener la historia de las lesbianas en la oscuridad.

Quizá el problema más engañoso descansa en el hecho de que casi todo el mundo tiene una teoría acerca de la homosexualidad, su historia y sus causas. Las nociones más comunes parecen ser: *a)* que la homosexualidad nunca solía ser mencionada y ni siquiera se sabía de su existencia; *b)* que la homosexualidad va en incremento.

Estas teorías son más bien impresiones, no conclusiones. Es notable cómo una persona que insiste en que la homosexualidad es un acontecimiento muy reciente, si se le insiste en el tema recordará algunos ejemplos anteriores, tanto de hombres como de mujeres, en la familia o fuera de ella, de ese mismo tipo del que se supone que no existía.

La idea de que la homosexualidad es peculiar de ciertos periodos refleja una tendencia natural a confundir la propia historia con la historia de la sociedad. En la experiencia de casi todos, la actividad sexual siempre está en ascenso, desde la niñez hasta la temprana madurez y a veces más allá. Si la teoría de la proliferación homosexual siempre fue correcta, los “extraños” de este libro hubieran sido heterosexuales y no homosexuales. Por lo menos en mil años la gente se ha quejado

de que los sodomitas, *margeries* [maricas], homosexuales o gays prevalecen más que antes.

1102: “Este pecado es ahora tan frecuente que nadie se sonroja ya ante él, y muchos caen en él sin percibir su gravedad”³ (san Anselmo).

1663: “Sir J. Mennes y el señor Batten dicen que la sodomía se ha vuelto tan común entre nuestros galantes como en Italia, y que muchos criados de la ciudad empiezan a quejarse de sus amos por ello” (Samuel Pepys).

1749: “Hasta los años pasados, la sodomía era un pecado, en forma nunca oída en estas naciones”. “Tenemos toda la razón de temer que hay cantidad de gente de los que no tenemos noticia, y que esta *práctica abominable* se afirma día con día” (“Plain Reasons for the Growth of Sodomy in England”, en *Satan’s Harvest Home*).

1811: “Creo que lo más notable del último año de nuestra historia es el enorme incremento de pederastas [...] Supongo que en ningún lugar ni época, desde la creación del mundo, ha sido la sodomía tan común” (C. S. Matthews a Byron).

c. 1850: “El incremento de estos monstruos en forma de hombres, llamados comúnmente *margeries* [maricas], *pooffs* [putos], etc., en los últimos años, en la gran metrópoli, hace necesario para el bien público que se haga de su conocimiento” (*Yokel’s Preceptor*).

1881: “La inmoralidad, utilizada en un sentido especial que no necesito definir, se ha incrementado en últimas fechas entre las clases altas de Inglaterra, y especialmente en las grandes ciudades [...] Hay bases suficientes para alarmarse de que la nación se encuentre en el inicio de una edad de voluptuosidad y osada inmoralidad” (Prebendo J. M. Wilson, *Morality in Public Schools*).

1884: “Desde mis conferencias de 1881 sobre este tema, las

³ Anselmo al archidíacono William; Trumbach en Duberman, *Hidden from History. Reclaiming the Gay and Lesbian Past* (1989), p. 131 (cf. Pepys, 1º de julio de 1663); Matthews, 13 de enero de 1811, en Crompton, *Byron and Greek Love. Homophobia in 19th Century England* (1985), p. 161; Wilson, en Reade, *Sexual Heretics: Male Homosexuality in English Literature, 1850-1890*, p. 6; Martineau, en Lacassagne, “Pédérastie”, *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 2ª serie, p. 250; Adler, *Das Problem der Homosexualität: erotisches Training und erotischer Rückzug*, vi.

deformaciones anales causadas por este acto antinatural se han vuelto más y más numerosas por desgracia, demostrando que los actos lascivos van en aumento en estas fechas [...] Safismo y sodomía están creciendo a un grado no conocido antes” (doctor Louis Martineau, *Leçons sur les déformations vulvaires et anales*).

1930: “La cuestión de la homosexualidad se cierne sobre la sociedad como un espantapájaros espectral. A pesar de todas las condenas, el número de pervertidos parece estar creciendo” [Alfred Adler, *Das Problem der Homosexualität*].

La noción complementaria de que la homosexualidad tiene una causa particular es más duradera. La información sobre la homosexualidad a través de libros, los medios, la experiencia personal y la chismografía tiende todavía a ser tratada como un diagnóstico más que como una descripción, como si el fin último fuera aún encontrar una cura.

El siguiente diluvio de causas aducidas comúnmente hará posible, por lo menos, ver las causas favoritas personales en un contexto más amplio. Muchas de estas explicaciones se propusieron con toda seriedad y a veces constituyeron la base de una carrera médica, psiquiátrica, de antropología social o sociológica. La lista se basa en cerca de 350 textos que datan de fines del siglo XVIII a principios del XX. Muchas de estas “causas” se irán mencionando a lo largo del libro. En este momento, la idea es simplemente mostrar la dirección general del pensamiento. Para conveniencia del lector, las explicaciones se han dividido en categorías aproximadas.

Fisiológicas

- Rasgos regionales o étnicos tales como belleza, fealdad o conformación genital (especialmente tamaño);
- clima (especialmente la temperatura y la altura);
- desequilibrio químico causado por la dieta o el suelo;
- impotencia o esterilidad (congénita o accidental; por ejemplo, montar a caballo en exceso);
- “condiciones anormales del lóbulo anterior del cuerpo pituitario”,⁴

⁴ Lydston, *Impotence and Sterility with Aberrations of the Sexual Gunction and Sex-Gland Implantation*, p. 34.

- falla en el paso por la pubertad debido a dieta pobre y a las condiciones de vida;
- excesiva dieta de carne;
- falta de ejercicio físico;
- impedimentos físicos para relacionarse;
- enfermedad venérea;
- epilepsia;
- anemia;
- masturbación;
- abuso de drogas (especialmente el opio y el alcohol);
- hermafroditismo atávico;
- deformación fetal que causa que los nervios genitales terminen en el recto;
- excesiva aplicación de enemas;
- castración u ovariectomía, y
- padres de edades muy distintas (especialmente un padre viejo y una madre joven).

Psicológicas y parapsicológicas

- Temor a contraer enfermedades venéreas (“sifilofobia”);
- temor al embarazo;
- densidad de población, familia grande o degeneración física que desencadena una forma instintiva de anti-concepcionismo;
- regresión a una era prehumana en que las caderas eran el estimulante visual primario;
- curiosidad o aburrimiento;
- los libros acerca de la homosexualidad;
- misoginia o androfobia;
- abstinencia o exceso sexual;
- violación homosexual, especialmente en la niñez;
- falta de amor paterno;
- madres posesivas;
- decepción en el amor heterosexual;
- celibato;
- matrimonio;
- timidez;
- frenesí (por ejemplo, satiriasis, ninfomanía o “delirio erótico”);

- posición sexual adoptada por los padres en el momento de la concepción;
- deseo de la madre de un niño del otro sexo;
- ausencia del padre durante el embarazo;
- lecturas maternas (por ejemplo, cuentos orientales) o el deseo inusualmente fuerte por los hombres durante el embarazo, y
- alineaciones planetarias en el momento del nacimiento (especialmente Urano).

Sociales

- Migraciones (la expansión hacia el oeste de los búlgaros, la invasión normanda, etc.);
- influencias religiosas (católicas, protestantes, musulmanas, paganas, etc.);
- ateísmo y falta de restricciones religiosas;
- instituciones unisexuales tales como conventos, internados escolares, cárceles y fuerzas armadas;
- modas extranjeras y malos ejemplos (especialmente Oscar Wilde);
- poligamia (en Oriente) que conduce a la saciedad en las clases altas y falta de mujeres en las clases bajas;
- refinamiento excesivo de la aristocracia;
- embrutecimiento de los plebeyos;
- aceptación social del sexo no procreador;
- emancipación de las mujeres;
- despenalización de los actos homosexuales, y
- “relajamiento de la fuerza moral”.

No es tan fácil como uno podría pensar ajustar estas explicaciones de la homosexualidad por orden cronológico. Algunas son todavía hoy, en el siglo *xxi*, bastante populares: la homosexualidad es un amor a la belleza física heredada de los antiguos griegos; la homosexualidad es resultado de una inmadurez mental o física; causan la homosexualidad otros homosexuales, especialmente aquellos que trabajan en las escuelas o en los medios masivos de comunicación.

Estas explicaciones tan distintas —las sociales, las físicas y las metafísicas— son similares en lo fundamental. Todas re-

flejan el deseo de encontrar la causa. Sea que se piense que los homosexuales se originan en el Jardín del Edén con Lilith,⁵ la primera mujer de Adán o en los albores de la evolución en organismos sexualmente indiferenciados⁶ o en un gen de la región Xq28 del cromosoma X,⁷ la idea esencial es que deben provenir de algún lado.

La naturaleza convolutiva de esta investigación acerca de los orígenes es especialmente obvia en el dominio vívido de la geografía sexual. Este libro hubiera debido contener un mapa comprensivo de la dispersión imaginada de la homosexualidad en el mundo occidental, pero los primeros esbozos produjeron de inmediato una masa ilegible de flechas en direcciones encontradas. Mientras que *the Italian vice* trepaba por la Gran Bretaña, *il vizio inglese* (también aplicado a la flagelación) se deslizaba hacia el sur por Nápoles y Capri. En Francia, *l'amour allemand* cruzaba el Rin como un ejército invasor. Mientras tanto, *die französische Krankheit*, conducido por la pornografía y los diletantes, dirigía la contraofensiva, convirtiendo las ciudades en burdeles al aire libre y a respetables mujeres en lesbianas.

Los rumanos seguían la pista de los homosexuales en Turquía, los turcos los seguían en Persia y los persas en una remota provincia persa. En 1810, cuando un floreciente club de *mollies* [mariquitas] fue descubierto en un *pub* de Londres, dos periódicos acusaron a las guerras napoleónicas por “el mal”: demasiados sirvientes extranjeros y demasiados ingleses expuestos a las costumbres extranjeras.⁸ En París, un supuesto incremento de la “pederastia” en los cuarenta del siglo XIX se

⁵ G. S. Viereck, *The Candle and the Flame* (1912), en Gifford, *Dayneford's Library. American Homosexual Writing, 1900-1913*, pp. 89-90.

⁶ Gley (1884), *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, VI (1904), p. 477; Kierman (1884) y Lydston (1888), en Weininger, *Geschlecht und Charakter. Eine prinzipielle Untersuchung*, pp. 56-57; Ellis, *Studies in the Psychology of Sex*, pp. 312-315 (resumen); Proust, *En busca del tiempo perdido*, III, p. 31; Chevalier, *Une maladie de la personnalité: l'inversion sexuelle; psychophysiologie; sociologie; tétralogie* (1893), p. 410.

⁷ Por ejemplo, Hamer-Coperland, *The Science of Desire: The Search for the Gay Gene and the Biology Behaviour*, pp. 144-148.

⁸ Crompton, *Byron and Greek Love. Homophobia in 19th Century England* (1985), p. 167.

atribuyó a la conquista de Argelia: de acuerdo con el marqués de Boissy,⁹ las tropas trajeron el *mal d'orient* a casa como una enfermedad tropical. Más tarde, la oleada de turistas sexuales de la Gran Bretaña, Francia y Alemania convenció a los argelinos (según André Gide) de que “estas aficiones les llegaron de Europa”.¹⁰ Ni siquiera el Océano Atlántico pudo ser útil como *cordon sanitaire*. En 1842, un periódico neoyorquino llamado *Whip* (Látigo) observó con cierto alivio que, entre los sodomitas que infestaban la ciudad, “hasta ahora no hemos encontrado norteamericanos: todos son ingleses o franceses”.¹¹

Estas rutas del comercio sexual pueden reflejar variaciones regionales en cuanto a la aceptabilidad de la conducta homosexual y reflejan desde luego la naturaleza internacional de la cultura gay. Cuando un diccionario francés de 1870 ilustraba la palabra *péderaste* con la frase “Hay muchos pederastas entre los griegos y los italianos”,¹² debería haber puntualizado que muchos de estos “pederastas” eran franceses. Pero estas teorías geográficas no tienen valor alguno, por lo demás, como explicación de las preferencias sexuales.

Muchas de las ideas acerca de la homosexualidad sobreviven, a menudo durante siglos, no porque se ajusten a la experiencia real, sino porque nos cuentan una historia interesante, lo cual en parte tiene que ver con que en los principios de la sexología la literatura y la ciencia dependían una de otra. Cerca de 1870 hasta 1920, los estudios científicos del lesbianismo aumentaron en la misma proporción que las novelas con personajes de lesbianas. Las teorías de los propios homosexuales venían a ser decepcionantemente triviales. La mayoría de la gente a la que se entrevistaba sobre el tema simplemente afirmaba que eran “de esa manera” desde que tenían memoria y razón.

El enfoque “científico” de la homosexualidad casi siempre implica una falacia lógica. El británico *National Survey of Sexual*

⁹ Burton, “Terminal Essay”, p. 190; véase también Rudi C. Bleys, *The Geography of Perversion: Male-to-Male Sexual Behaviour Outside the West and the Ethnographic Imagination*, pp. 112 y 127.

¹⁰ Gide, *Corydon*, p. 144.

¹¹ Katz, en Duberman, *A Queer World. The Center for Lesbian and Gay Studies* (1997), p. 223.

¹² Diccionario: La Châtre, *Nouveau Dictionnaire universel*, II (“Pédéraste”).

Attitudes and Lifestyles [Sondeo Nacional de Actitudes Sexuales y Estilos de Vida] de 1994 encuentra que los únicos rasgos obvios que distinguen a los homosexuales británicos, aparte de sus inclinaciones sexuales, es su tendencia a vivir en Londres.¹³ Las pruebas forenses y anecdóticas sugieren que esta migración interna se remonta a 200 años por lo menos, y probablemente por tanto tiempo como han existido los grandes asentamientos urbanos. Los pueblos y las ciudades ofrecen una población más tolerante o indiferente así como una vida social más variada. Al llegar a una gran ciudad, muchos homosexuales del siglo XIX se asombraron de encontrar que, después de todo, ellos no eran tan raros. Quizá la ciudad puede haberles alterado su conducta e incluso revelado su sexualidad, pero pocos gays pensaron su sexualidad como un efecto secundario de la vida urbana.

Sin embargo, el instinto narrativo presentó esta tendencia demográfica no tanto como un reflejo de los arreglos prácticos, sino más bien como una prueba dramática de que las ciudades criaban pervertidos sexuales. Las luces brillantes y el aire contaminado de Nueva York, Londres, París y Berlín eran los rayos y centellas que destruyeron Sodoma y Gomorra. Esta noción se veía reforzada por expresiones tales como “Sodoma en el Spree” (Berlín) o “Sodoma junto al mar” (San Francisco) y títulos como *Sodom in Union Square* (1879) o *Paris-Gomorrhé* (1894). La conexión entre el pasado mítico y el misterioso presente estaba tan arraigada que las explicaciones físicas de la desaparición de Sodoma y Gomorra por terremotos o por el incendio de lagos de betún subterráneos a veces se trataban como argumentos en favor de la tolerancia sexual: los sodomitas no eran pecadores, eran víctimas de una catástrofe natural.

La costumbre de agregarle causas coloridas a los efectos triviales no es peculiar de las nociones populares de la homosexualidad. El mismo tipo de lógica parece inspirar la persistente idea psicológica de que los homosexuales son resultado de padres débiles o ausentes y de madres sobreprotectoras (expresada por primera vez en el ensayo sobre Leonardo da Vinci que Freud escribió en 1910). Lejos de identificar una causa, pa-

¹³ Wellings *et al.*, *Sexual Behaviour in Britain. The National Survey of Sexual Attitudes and Lifestyles*, p. 227.

rece describir una reacción paterna común ante los hijos que eran afeminados u homosexuales: las madres tendían a con dolerse, los padres a cortar todo vínculo.

La idea de Freud satisfacía los dos requisitos principales de una teoría exitosa. En primer lugar, armonizaba con el pre juicio popular: en este caso, la creencia de que los gays eran “hijos de mamá”. En segundo lugar, era casi indestructible mente elástica. Si el padre se condolía, podía describirse como un ser débil. De modo similar, podría decirse que la mayoría de las madres ejercían cierto grado de dominio emocional en de terminada etapa del desarrollo de los niños, sobre todo a una edad temprana.

Teorías similares pueden encontrarse a todo lo largo de los siglos XIX y XX. Por gruesas que fueran las capas de la elab oración subsiguiente, casi toda explicación “científica” de la ho mosexualidad podía rastrearse hacia un hecho rudimentario:

Hecho: Los homosexuales tienden a casarse en menor medida que los heterosexuales.

Teoría: El celibato causa la homosexualidad.

Hecho: Los actos homosexuales eran ilegales.

Teoría: El homosexual es un tipo fuera de la ley.

Hecho: Muchos homosexuales estudiados por médicos han su fri do de chantajes, arrestos, burla pública y exámenes médi cos humillantes.

Teoría: Los homosexuales son neuróticos.

Hecho: Los asilos para locos proporcionaban a los patólogos gran des números de sujetos experimentales más o menos su misos.

Teoría: Los homosexuales son dementes.

Tal como se quejaba Marc-André Raffalovich en *Uranisme et unisexualité* (1896), la mayoría silenciosa de “unisexuales”¹⁴

¹⁴ Raffalovich, *Uranisme et unisexualité. Étude sur différentes manifestations de l'instinct sexuel*, pp. 77-78.

pasaba inadvertida para médicos y legisladores precisamente por su silencio. Por la fuerza pura de las circunstancias, el unisexual típico, a los ojos de muchos médicos, era un travestido con una vida sexual febril y un historial de enfermedades mentales.

Naturalmente, muchas de estas ideas parecían verdaderas según los hechos. Los homosexuales tratados como criminales a veces cometían suicidio, lo que demostraba que eran mentalmente inestables. Algunos se mostraban agradecidos a los médicos por escuchar sus historias de angustia y trataban de cumplir según su nueva personalidad científica. A cambio de un oído amigable, proporcionaban pruebas de una conducta histérica, de debilidad moral o de un árbol familiar infestado de lunáticos y drogadictos.

Los propios científicos reunían más razones para creer en sus propias teorías. Ningún médico que hubiera observado mil años en busca de señales fisiológicas de “inversión” iba a concluir que su teoría lo hubiera llevado a un *cul-de-sac*.

Entonces como ahora, las teorías pueden hacer que el pasado gay parezca mucho más pobre y más triste de lo que fue. De manera destacada, las apelaciones por un tratamiento equitativo basado en una teoría de la sexualidad dependen, en última instancia, de la gentileza de quien aplica la teoría. Karl Heinrich Ulrichs, quien se lanzó abiertamente en pro de una aceptación legal y social de la homosexualidad en los sesenta y setenta del siglo XIX, creía que los “uranianos” eran distintos congénitamente del resto de la raza humana. Heinrich Himmler, que causó la muerte de miles de homosexuales en los campos de la muerte nazis, mantenía el punto de vista menos siniestro de que los niños se volvían homosexuales por la falta de oportunidades, especialmente en las ciudades, donde según Himmler, los departamentos en pisos elevados les impedirían trepar a las ventanas de las habitaciones de las muchachas.

Desde un punto de vista teórico de fines del siglo XX, la idea de Himmler sería más aceptable debido a que subrayaba el elemento de la selección.¹⁵ La teoría del innatismo de Ulrichs,

¹⁵ Mosse, *Nationalism and Sexuality. Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, p. 167.

aunque ayudaba a que la gente cambiara de actitud, sería considerada como una concesión rastrera al prejuicio: los homosexuales debían ser tolerados porque no pueden evitar serlo.

Los primeros historiadores modernos del amor homosexual trabajaban bajo restricciones personales y profesionales severas, pero lograron proporcionar una buena cantidad de información confiable sin perder la paciencia o su sentido del humor. Sin embargo, fuera de uno o dos proyectos de reconocimiento aéreo, la mayoría de los libros sobre el tema se confinaban a un país o a una lengua y se mostraban vulnerables a las distorsiones locales. Una de las primeras ambiciones de este libro fue hacer que “Europa” significara algo más que la Gran Bretaña y cierta variedad de destinos turísticos continentales, en especial hacer que los descubrimientos de los historiadores europeos se conocieran mejor en el mundo de habla inglesa. Los homosexuales hombres y mujeres de Europa y los Estados Unidos eran notablemente cosmopolitas, pero esto no siempre se ve reflejado en las historias sobre el tema.

La sorpresa mayor fue la influencia incondicional de la teoría de la construcción social de Michel Foucault (véanse las pp. 61-62), desarrollada en su *Histoire de la sexualité* (1976-1984). La gran ventaja de esta teoría era que permitía que la sexualidad fuera estudiada a la luz de la historia y de la sociología. Por desgracia, ésta también popularizó la idea de que la gente gay carecía de una herencia real antes de los setenta del siglo XIX. La idea básica es que la sexualidad no es innata sino “construida” por un conjunto de circunstancias particulares, sobre todo por el surgimiento del capitalismo competitivo y sus valedores, la ciencia moderna y el control burocrático. En su forma más extrema, el enfoque construccionista social sugiere que la “homosexualidad” no existió hasta que se inventó la palabra. Supuestamente, antes de eso la sexualidad era simplemente cierto repertorio de hechos, no un rasgo de la personalidad.

Este enfoque tuvo un atractivo amplio entre la comunidad académica gay: significaba que no había una cultura gay continua y que Sócrates o Miguel Ángel no podían ser considerados “gay”; parecía prometer una evasión automática del anacronismo, y atribuía enorme influencia a los teóricos académicos

precedentes. También permitía pequeñas cantidades de evidencia que podían ser presentadas como atisbos de un periodo y una cultura completos. No es coincidencia que las más grandes teorías tendieran a provenir de pequeños artículos.

La teoría de que la homosexualidad apareció en un momento particular casaba muy bien con las nociones populares de la historia sexual. Los primeros teólogos cristianos, los poetas románticos y los teóricos homosexuales del siglo xx se afeerraban al punto de vista de que, tras un momento cataclísmico de la historia humana —la Caída del Hombre, la muerte de Dios, la “fractura” modernista del pensamiento y el conocimiento— una Edad de Oro de la indeterminación sexual llegaría a su fin. Esta percepción ideológica de un pasado menos culpable y de simpleza sexual es sospechosamente similar a las convenientes actitudes de algunos colonialistas victorianos. En lugares que son extranjeros por el tiempo o la distancia, los vínculos casuales son con frecuencia invisibles y su ausencia aparente tiende a crear la impresión de una libertad y espontaneidad inusuales. Este mundo sin gobierno habría sido irreconocible para los naturales del siglo xix.

En primer lugar, siempre hubo personas a las que atrajo en principio o exclusivamente la gente de su propio sexo. Ninguna dificultad tenían en identificarse como homosexuales (fuere cual fuere la palabra que se usara), a menudo desde temprana edad. En segundo lugar, se sabía que esta gente existía y que se la consideraba diferente. No se llamaban a sí mismos “homosexuales” o “gays” y vivían en una sociedad que hubiera sido profundamente chocante, en muchas formas, e irreconocible para los habitantes del siglo xxi. Pero los primeros “sodomitas”, *mollies*, *margeries* y *poufs* victorianos tenían mucho en común con los “uranianos”, “invertidos”, “homosexuales” y “raros” de los últimos años: experiencias diarias muy similares, una cultura compartida y desde luego la capacidad de enamorarse de personas de su propio sexo.

Ninguna historia de un rasgo humano puede afirmar que es comprensiva. La “homosexualidad” es una generalización burda y la misma palabra lleva a una noción del amor temiblemente clínica. Refuerza la asociación vulgar del amor gay con

la cópula anal¹⁶ (practicada comúnmente también por las mujeres y los hombres heterosexuales). De manera extraña, la objeción más común a la palabra, desde su invención en 1868 (véanse pp. 93-95), ha sido que combina el griego (*homos*, el mismo) con el latín (*sexus*).¹⁷ (La misma queja podría hacerse de “televisión” y de “sociólogo”).

Un problema más serio es la falta de pruebas. Algunos países, como España y Canadá,¹⁸ son territorios inexplorados. En todos los países se destruyeron los papeles privados, nunca se registraron los pensamientos, se escondieron las vidas bajo el convencionalismo y una plaga de eufemismos borró los rastros del amor homosexual.

En todo caso, es difícil dar una descripción concisa y clara de las actitudes sociales de cualquier época determinada. La tendencia inevitable es caricaturizar un periodo de modo que pueda contrastarse con otro. Por ejemplo, las cuatro afirmaciones que siguen pueden utilizarse para caracterizar las actitudes de una sociedad particular¹⁹ hacia la homosexualidad:

- La homosexualidad “puede ser tolerada por los franceses, pero somos británicos, gracias a Dios”.

¹⁶ Por ejemplo, Benkert, en Mark Blasius y S. Phelan (eds.), *We are Everywhere. A Historical Sourcebook of Gay and Lesbian Politics*, p. 75; Casper, *Practisches Handbuch der gerichtlichen Medicin* (1881), p. 120; Ellis, *Studies in the Psychology of Sex*, p. 283; Krafft-Ebing, *Psychopathia sexuales. Mit besonderer Berücksichtigung der konträren Sexualempfindung. Eine medizinisch-gerichtliche Studie für Ärzte und Juristen*, p. 258; Lacassagne, en Raffalovich, *Uranisme et unisexualité. Étude sur différentes manifestations de l'instinct sexuel*, pp. 18-19; Moll, *Die conträre. Sexualempfindung*, p. 134; Pouillet, pp. 12-13; “Risks for Sexually Transmitted Diseases – A Pilot Study” (Universidad de Chicago, noviembre de 1996).

¹⁷ Por ejemplo, examen en *L'Intermédiaire des chercheurs et curieux* (1907), pp. 774, 822, 878-879, que sugiere “homéosexuel”, “homéophyse” y “homophysique”.

¹⁸ Véase Eisenberg, “La escondida senda: Homosexuality in Spanish History and Culture” (España) y Maynard, “Through a Hole in the Lavatory Wall: Homosexual, Police Surveillance, and the Dialectics of Discovery, Toronto, 1890-1930” (Canadá).

¹⁹ Mariscal de campo Montgomery, *Daily Mail*, 27 de mayo de 1965; Mary Whitehouse, *Whatever Happened to Sex* (1977); *The Star*, 2 y 9 de septiembre de 1986 (los tres últimos de Davenport-Hines).

- La homosexualidad “se ve precipitada por la conducta sexual anormal de los padres durante el embarazo”.
- Dios envió una “plaga espantosa”: a los “pervertidos” que “ofendieron las leyes de Dios y de la naturaleza”.
- Los homosexuales deben ser colgados, azotados, castrados y “enviados a su país”.

Estas opiniones aparentemente arcaicas se publicaron en la Gran Bretaña en 1965, 1977 y 1986. Algún día, permitirán que los lectores del siglo xxii sientan pena por la gente que tuvo que sufrir la noche final del siglo xx. Pero poca gente de la que vive hoy en día consideraría que esto es una descripción equilibrada de las actitudes sexuales de la Gran Bretaña moderna.

La imagen del periodismo amarillista de una población de ignorantes de mala fe consumida por el miedo y la envidia puede corregirse mediante la experiencia personal. Pero cuando el periodo de que se trata está más allá de la memoria viva, es más difícil corregir sus distorsiones.

Una de las fuentes de información principales sobre la homosexualidad es la bibliografía. A primera vista, ya que el registro bibliográfico dice muy poco sobre el tema, parecería que la homosexualidad hubiera sido relativamente inusual y sin importancia en el pasado. Pero la bibliografía rara vez ha sido la expresión enciclopédica y libre de una sociedad completa. También otros aspectos comunes más de la vida humana carecen de registro.

De hecho, el tema de la homosexualidad prevaleció más de lo que parece. Las palabras, los gestos y los símbolos, incluso de media generación a media generación, se vuelven prehistóricamente oscuros. Las “tías lavanda”, los jóvenes “musicales”, los dedos encorvados y los claveles rojos ya no se comprenden como referencias a la homosexualidad. Pero ahí está la evidencia. Los periódicos se referían a los escándalos homosexuales con la alusión más tenue posible y las multitudes ciudadinas sabían a conciencia por qué lanzaban gatos muertos y piltrafas a los sodomitas en la picota. El “crimen innombrable entre los cristianos” existe incluso en el mundo supuestamente gentil de Jane Austen: “Desde luego —dice Mary Crawford en *Mansfield Park* (1814)—, vivir en casa de mi tío me ha permitido

conocer un círculo de almirantes. He conocido a bastantes contras y vices. Pero por favor, no piense que estoy haciendo juegos de palabras”.²⁰

Este libro se divide en tres partes. La primera describe el trato de hombres y mujeres gay por las profesiones legales y médicas y por la sociedad en general. La segunda describe sus vidas y amores: cómo se descubrieron a sí mismos e hicieron contacto con personas de ideas parecidas. Esta parte termina con el amanecer de la solidaridad homosexual y con los primeros movimientos de derechos gay. La tercera parte se dedica a ciertos aspectos capitales de la cultura gay.

Una historia social que cubre uno y medio continentes y un siglo y medio no puede decir nada preciso acerca del posible futuro, pero puede proporcionar ciertas razones creíbles para tener un punto de vista más alegre del pasado.

²⁰ Jane Austen, *Mansfield Park*, trad. de Francisco Torres , Alba, Barcelona, 2000, p. 70.